RESEÑAS

Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”*, 2000, México, El Colegio Nacional-FCE, 208 p.

Por lo que a las otras divinidades se refiere, conocer su origen sobrepasa nuestras fuerzas; hay que dar un voto de confianza a los que han hablado con anterioridad. (Platón: Timeo)

244

Nican mopohua en náhuatl significa ‘aquí se refiere’, y por ser las palabras iniciales del texto, es el nombre que se da al relato original de las apariciones de la Virgen de Guadalupe. El presente libro propone una nueva versión al castellano del mismo. Aunque “existen varias (...) en esta lengua muy dignas de aprecio (...) mi propósito aquí es diferente (...) busco un transvase al castellano en el que cuanto sobrevive allí de la antigua espiritualidad náhuatl sea más fácilmente perceptible”, dice el autor. No obstante entre líneas leo un interés prioritario. Si bien afirma “que no concierne a la historia demostrar o rechazar la existencia de milagros, apariciones o teogonías”, me parece que responde a las tesis antiaparicionistas de Edmundo O’Gorman, que en *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (1986, UNAM) pretende ‘desterrar las sombras’ que atribuyen un origen sobrenatural a la imagen guadalupana.

Siguiendo varias pistas, León-Portilla comparte la conjetura de que el manuscrito en náhuatl incompleto de 16 páginas ‘en papel antiguo de masa de maguey’, ‘roto y maltratado’, ‘con letra y división de palabras propias del siglo XVI’ que se encuentra en la Biblioteca Pública de Nueva York es el documento genuino compuesto hacia 1556 y que su autor también sería identificable:

Antonio Valeriano, nacido alrededor de 1522, depositario en su niñez de tradiciones indígenas, estudiante destacado del Colegio de Santa Cruz

RESEÑAS

de Tlatelolco, admirado por Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada, “que no era *pilli* [es decir noble] sino un gran sabio”, a la sazón gobernador de Azcapotzalco y posteriormente de los indios de México-Tenochtitlan.

Aunque los franciscanos eran adversos al culto de Tonantzin-Guadalupe (Sahagún lo llamará ‘invención satánica’ y el provincial atacará al arzobispo por favorecer la adoración de la pintura mariana en la ermita del Tepeyac, lo que “provocó grande escándalo en la ciudad”), lucubra León-Portilla, que quizá este discípulo accedió a requerimientos del clero secular, interesado en el sincretismo evangelizador.

Se nos viene a la mente una hipótesis. Conociendo la fama de que gozaba Valeriano como hombre sabio y maestro en el dominio de su lengua y antigua cultura, ¿pudo ser que, en el contexto de esta notoria atracción que ejercía la ermita de Guadalupe en el Tepeyac, donde como él bien lo sabía, se había Adorado a Tonantzin (...) se sintiera atraído a escribir un relato que hablara sobre el origen de la pintura y la consiguiente devoción?

Valeriano había estado presente en algunos *neixcuitilli*, representaciones teatrales compuestas por los frailes, en las que se hacía ver a los indios cómo Dios, la Virgen su madre y los santos favorecían de muchos modos a quienes acudían a ellos. Lo que estaba ocurriendo en el Tepeyac parecía probar que la Madre de Dios había escogido ese lugar para manifestar allí su amor y protección a cuantos a ella acudieran. Si por eso tantos iban al Tepeyac, no era una suposición pensar que se estaba cumpliendo el deseo, la voluntad de Tonantzin, Nuestra Madre de Guadalupe, de tener allí su santuario.

Valeriano (...) debió conocer también algunos relatos acerca de apariciones de la Virgen María en distintos lugares, principalmente de España. En esos relatos es muy frecuente encontrar que la Virgen, deseosa de que se le edifique un santuario, encarga a un pastor o un jornalero, en fin, a una persona del pueblo, sea su mensajero ante quien habrá de cumplir su voluntad. (...)

Valeriano compondría entonces su relato, a la vez de gran fuerza teatral, en torno a un indio *macehual*,* hombre del pueblo, cuyo nombre hubo de dar. De no haber existido éste, su relato corría el

* Humilde: “infeliz jornalero, como cuerda de los cargadores”.

RESEÑAS

peligro de ser tenido desde un principio como mera fantasía. (...) En realidad, más que inventar una historia, pudo conjugar varias tradiciones.

Dice Cassirer que la historia no funda al mito sino al revés. Así como para investigar la naturaleza del amor resulta inadecuado el método de despedazar a los amantes hasta sus desoxirribunocleicas intimidades, las hierofanías también enmudecen ante toda cuadratura positivista.

Las invectivas de Voltaire, Feuerbach o Nietzsche son válidas contra nuestras malas artes retratistas de lo numinoso pero paralógicas respecto de las irrefrenables ansias místicas y teológicas. En todo caso cometen *metabasis eis allo genos*, una trasposición a otro género respecto de la cuestión de orígenes y principios. La pregunta para el hecho guadalupano como para cualquiera de su especie no es causal sino del sentido, no en torno a *cómo* se produjo sino *por qué* se acepta su producción, a qué demandas espirituales responde su institucionalización.

246

Las divinidades celestes son masculinas, de pueblos transhumantes, pastores o guerreros, como los hebreos después del cautiverio, como los invasores indoeuropeos. Las culturas sedentarias, agrícolas, matriarcales honran deidades femeninas. Así como en el cristianismo con María tendrá lugar una restitución sagrada femenina, en México –pueblo que según Luis González con su tierra tiene una relación de *matria* antes que de *patria*– Tonantzin será la mediadora con el mundo trascendente del nuevo orden establecido por la espada y la cruz.

Walter Benjamin percibía una desaparición del aura de las obras consecuente de su reproducción técnica. Hoy el vaciamiento de significado de toda comunicación es correlato de la virtual infinitud del significante propia del grado xerox de la escritura.

Como elemental reacción telúrica a la sobrepoblación transnacional de la iconosfera* urbana a instancias del TLC, se reconstruyó para su multiplicación televisiva con presencia presidencial la gesta de los Niños héroes, y en puntos cargados de significación patriótica, como el Zócalo y Campo Marte, se izaron espectaculares banderas, cuya desproporción debió recortarse porque en el ventoso mes de la patria se rasgaban flamígeras. La ocurrencia gustó a los taxistas que ahora juegan ‘a ver quién es el que la tiene más grande’.

* Término propuesto por Román Gubern.

RESEÑAS

La magnitud y hondura del símbolo de ‘la Virgen que forjó una patria’ ha sido advertida por muchas inteligencias notables; pero a la actual explosión ubicua de su imagen me parece corresponde una implosión significativa, semejante a la acontecida con la bandera.

Por ejemplo, no hace mucho se la prohibieron como emblema a un ex político en competencia proselitista (que aparentemente no habría requerido de su influjo bienhechor para la victoria). Asimismo, últimamente también podemos comprobar que del atuendo demagógico de algunos escenarios de rock ha bajado al pecho semidesnudado de los goleadores, exhibicionistas mediáticos.

Sin ignorar, por supuesto, las relaciones entre panteones oficiales y poder, y observando que, aunque con antecedentes, las apariciones de la Virgen son fenómeno característico de la Iglesia contrarreformista, para el caso, como señala León-Portilla, el hecho insoslayable radica en que “la figura central del relato, Tonantzin Guadalupe –más allá de la demostración o rechazo de sus apariciones– ha sido para México tal vez el más poderoso polo de atracción y fuente de inspiración e identidad”.

Me parece sintomática y oportuna la nueva aportación de este veterano y prolífico mexicanista, en circunstancias históricas donde además del desgarramiento de las sociedades históricas a instancias de un proceso de modernización impuesto a ultranza, padecemos una desoladora y vulnerable indigencia de símbolos, cuya banalización los priva de auténtica comunicación y poder revulsivo.

247

ALBERTO SAURET
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM